

La otra resistencia. Reflexiones sobre silencios, violencias y género en la Resistencia peronista (1955-1965)¹

Anabella Gorza

En el año 2009 se dio a conocer un documental de Alejandro Fernández Mouján, *Los Resistentes*, que recupera los relatos de personas que integraron la primera Resistencia peronista.² El film se abre con la charla de un grupo de militantes que se proponen dar a conocer y reflexionar sobre sus experiencias desarrolladas en el período que se extendió entre 1955 y 1965, preocupados por romper el manto de silencio que cubre a esa etapa de la historia del peronismo. La conclusión a la que arriba uno de ellos es que ese lapso temporal está silenciado porque en él “estuvieron todos”, haciendo referencia a la confluencia en acciones conjuntas de personas que en años posteriores estarían en posiciones encontradas en las internas del peronismo, ya sea por sus

¹ Una versión preliminar de este capítulo puede hallarse en mi tesis doctoral, en la cual se aborda la participación femenina en la Resistencia peronista en el período 1955-1966, desde una perspectiva de género (Gorza, 2017).

² La Resistencia peronista es el proceso de lucha llevado a cabo por los militantes y simpatizantes de ese signo político luego del derrocamiento del gobierno peronista en 1955. Hay varias posturas sobre su fecha de cierre, tanto entre los/as historiadores/as como entre los/as actores políticos. Algunos/as señalan el final en 1973, con el regreso de Perón a la Argentina, luego de un obligado exilio que duró dieciocho años; otros/as señalan en diferentes momentos de las décadas de 1950 y 1960. No podemos hablar de la Resistencia peronista como un proceso homogéneo. Diferentes actores, con diferentes modalidades de intervención participaron a lo largo de esos dieciocho años, o en períodos acotados dentro de ese lapso. Las delimitaciones temporales siempre están inscriptas en posturas políticas e ideológicas.

orientaciones ideológicas como por las diferencias que separaron a aquellos que se mantuvieron ligados a la militancia de base y/o a posturas combativas respecto de quienes se burocrataron y adoptaron una actitud negociadora: “¿Por qué se borra esa parte? Porque en esa parte estuvieron todos; hasta los Cavalieri, ¿no? Compañero de ruta. Y hoy en día sabemos quién es Cavalieri.³ Entonces, yo creo que se oculta deliberadamente” (Relato de Enrique “Chiche” Pecorino, en Fernández Mouján, 2009).

La charla de estos militantes y este comentario en particular han actuado como un disparador que me ha llevado a reflexionar acerca de las razones que condenaron a la Resistencia peronista desarrollada durante los diez años que siguieron al golpe de Estado de 1955 en Argentina, a un lugar marginal en la memoria colectiva respecto de otros períodos históricos. Ese es uno de los objetivos que persigue este capítulo. Pero además, existe otro silenciamiento que atraviesa a esa experiencia de resistencia y es aquel que atañe a la participación femenina; las mujeres han sido eliminadas de los relatos sobre la Resistencia o condenadas a un papel de mero apéndice de actividades llevadas a cabo por militantes varones. La historia oral nos ofrece interesantes líneas de análisis para problematizar ambos tipos de silenciamiento, entre las cuales podemos mencionar los diferentes usos de la memoria, la relación pasado-presente y la vinculación entre relato individual e historia colectiva. Además nos interesa explorar cómo el género interviene en la construcción de los relatos y en la articulación entre discursos públicos e individuales. Dichas dimensiones, que ya han sido aplicadas a estudios sobre la militancia en la década de 1970, todavía no han encontrado eco para el análisis de la Resistencia peronista en los años sesenta y tempranos setenta del siglo XX. Me interesa abordar particularmente una dimensión de la Resistencia peronista, que es aquella que se vincula al uso de la violencia, ya que la misma constituye un aspecto problemático que ha incidido decisivamente en los silenciamientos que se han construido sobre dicho proceso histórico y sobre el lugar de las mujeres como partícipes del mismo. El análisis será desarrollado a partir de entrevistas propias realizadas a militantes de la época, entrevistas dis-

³ El relato alude a Armando Cavalieri, secretario general del Sindicato de Empleados de Comercio desde 1983.

ponibles en archivos públicos y testimonios extraídos de libros de divulgación y de la película *Los Resistentes*.⁴

Los silencios sobre la Resistencia peronista

Tras la caída del gobierno peronista el 16 de septiembre de 1955 por el golpe de Estado de la Revolución Libertadora,⁵ los militantes de ese signo político se embarcaron en una lucha tendiente a recuperar los espacios de poder perdidos y a hacer visible al peronismo bajo un gobierno que pretendía hacerlo desaparecer mediante la aplicación de políticas concretas como la proscripción del Partido Peronista; la intervención de los sindicatos y de la Confederación General del Trabajo; la inhabilitación de dirigentes y su encarcelamiento, junto con el de cientos de militantes; el exilio obligado de Perón; la destrucción de monumentos y edificios públicos vinculados a su gobierno; la aplicación de medidas tendientes a incrementar los niveles de explotación en el sistema productivo, que se desplegó sobre la clase obrera en su totalidad, no necesariamente peronista; y, entre otras cosas, la prohibición de usar públicamente los símbolos de esa fuerza política, medida que se concretó a través de la sanción del decreto 4161 en marzo de 1956. Pese a los intentos de disciplinamiento encarados por el gobierno de la Revolución Libertadora, preocupado por hacer desaparecer al peronismo de la escena política, lo cierto es que los mismos resultaron infructuosos, y revelaron la imposibilidad de construir un proyecto político que no lo incluyera o que lo eludiera como factor de poder. Tan es así que entre los rasgos que caracterizan al período destacan la inestabilidad política —expresada en la alternancia de gobiernos militares con democracias débiles y condicionadas—, el rol de las Fuerzas Ar-

⁴ En los casos en que los y las entrevistadas ofrecen testimonios que pueden resultar comprometedores, hemos decidido usar seudónimos. No hemos seguido el mismo criterio con personas que ya han fallecido o cuyos relatos están publicados y son de conocimiento público. Las entrevistas referidas con seudónimo son las de Juan, Pedro, Julia, Emilia y Eugenia.

⁵ La Revolución Libertadora fue el golpe de Estado cívico-militar que derrocó al gobierno peronista dando lugar a un gobierno de facto que duró hasta el 1º de mayo de 1958. Entre septiembre y noviembre de 1955, la presidencia fue ocupada por el general Eduardo Lonardi, de tendencia nacionalista, siendo luego destituido por un golpe interno de los sectores liberales encabezado por su vicepresidente, Isaac Rojas que buscaba profundizar las medidas antiperonistas. El segundo gobierno de la Revolución Libertadora tuvo a Pedro Eugenio Aramburu en la presidencia y a Rojas en la vicepresidencia.

madras como árbitro de la política y del sindicalismo como factor de presión (Cavarozzi, 1983; O'Donnell, 1972; Portantiero, 1973; Smulovitz, 1991; Spinelli, 2005). En este contexto, la resistencia se desplegó en múltiples planos y a través de diversas expresiones, producto del carácter heterogéneo de las fuerzas y sujetos que integraban el peronismo. Abarcó desde manifestaciones espontáneas hasta intentos de golpes de Estado por la vía militar y ensayos aislados de guerrilla, y en un plano más sostenido, las acciones de los obreros y obreras en sus espacios de trabajo y el proceso de recuperación de los sindicatos intervenidos; además de la lucha por el retorno de Perón y el reclamo por el levantamiento de las proscripciones. A ello hay que sumar las expresiones culturales que tuvieron como objetivo mantener una memoria pública sobre el peronismo y que se manifestaron de maneras muy variadas.⁶

En este trabajo nos interesa retomar las apreciaciones que sobre la temática ha desarrollado Ernesto Salas en *La resistencia peronista. La toma del frigorífico Lisandro de La Torre* (2006 [1990]). En este libro el autor llama la atención sobre los usos y resignificaciones que sufrió la expresión “Resistencia peronista” por los militantes de la década de 1970. Según sus palabras, la Resistencia desplegada en los años cincuenta fue enviada al plano de lo folklórico. Se creó una imagen mítica de ella, sin contradicciones, de la cual fueron eliminados los sectores ortodoxos del sindicalismo o directamente el sindicalismo en su totalidad, para resaltar aquellos hechos y momentos de alta combatividad, como fue la toma del frigorífico, que serían contemplados como antecedentes de la lucha armada que se desplegó en los años setenta.

Ernesto Salas y los protagonistas del film *Los Resistentes*, al que hicieramos referencia al comienzo de este capítulo, manifiestan su preocupación por dos formas diferentes de olvido. Alessandro Portelli (2005) utiliza la expresión “memoria oximorónica” para hacer referencia a una memoria en la que olvido y recuerdo aparecen estrechamente vinculados, y en la que el olvido es una parte constitutiva de la memoria. De esta manera, recordar puede ser una forma de olvidar y existen diferentes estrategias para ello. Una consiste en suprimir aquello que es perturbador. En el caso de quienes dan su testi-

⁶ Es muy amplia la bibliografía que aborda la temática. Ver especialmente: Álvarez, 2014; Amaral, 2004 [1993]; James, 2010 [1988]; Centurión, 2007; Melon Pirro, 2009; Nieto, 2009; Raimundo, 1998; Salas, 2006, 2006 [1990]; Schneider, 2005; Scoufalos, 2007; Seveso, 2010.

monio en el documental *Los Resistentes*, el olvido estaría expresado en forma de omisión deliberada de un pasado contradictorio que no responde directamente a las necesidades del momento posterior, aquel en que se escribió el relato sobre la Resistencia peronista. El recurso en este caso es eliminar un período de la historia (1955-1965) cuya contradicción principal estaría dada por la presencia de dirigentes que se burocrataron en años posteriores. Pero la forma de olvido sobre la que nos alerta Ernesto Salas desde su condición de historiador es una más compleja y puede sintetizarse en lo que Portelli llama “memoria monumento”. Este tipo de memoria implica una fosilización y monumentalización del pasado, vinculada al mito y al folklore. El pasado es sacralizado, se presenta libre de contradicciones, se cierra al análisis y a la crítica, y pierde su relación con el presente. Aquello que es contradictorio, las “memorias perturbadoras”, es eliminado del relato (Portelli, 2013):

Hay un frase de Mario Benedetti esculpida en un lugar de memoria tan trágico como Villa Grimaldi en Santiago de Chile: “el olvido está lleno de memoria”. O como escribió Borges: “el olvido es una de las formas de la memoria, su vago sótano, la otra cara secreta de la moneda”. Por esto, recordarlo todo como en la metáfora de los cartógrafos del emperador de Borges significa no recordar nada: más que un depósito de datos, la memoria es un constante trabajo de búsqueda de sentido, que filtra los rastros de la experiencia entregando al olvido lo que no tiene más significado en la actualidad -pero también lo que tiene demasiado significado. En este sentido, la imagen borgesiana del “sótano” se conecta con la de Benedetti del olvido como “gran simulacro repleto de fantasmas”: memorias no olvidadas sino suprimidas, que reaparecen en formas perturbadoras cuando se suelta el control (Portelli, 2016, p. 477).

Entonces, lo que ocurre no es una eliminación total de un período de la historia; aunque cabe reconocer que en los relatos que se construyen desde el presente, la primera experiencia de la Resistencia no ha recibido la misma atención que la experiencia setentista. Lo que se elimina en la mirada elaborada en los años setenta del siglo XX—que aún tiene vigencia en el presente— es el componente sindical y los elementos ortodoxos del peronismo. Por supuesto que la creación del mito y del folklore nunca se realiza en el vacío,

sino que descansa en autorrepresentaciones compartidas. Sin embargo, su creación, que va ligada a la construcción de una memoria colectiva, responde a los intereses que los grupos creadores del relato sobre el pasado tuvieron en el momento en que le dieron forma al mismo. En este caso, la Resistencia que se desplegó en los años que siguieron al golpe de Estado de 1955, y cuyo final es ubicado por Salas en 1960,⁷ habría sido recordada por las organizaciones de la izquierda peronista de la década de 1970, pero eliminando aquello que resulta perturbador —el componente sindical—; y que se plasma, tomando la expresión de Portelli (1996), a través de “memorias no autorizadas”.

Ernesto Salas señala la necesidad de no analizar la Resistencia peronista desde una mirada “setentista”, sino tratando de situarla en el contexto histórico en el que tuvo lugar, de manera tal que muchas de sus contradicciones se vuelvan inteligibles. De modo similar, me propongo analizarla no como una etapa incompleta de un proceso que tendría lugar años más tarde, sino tratando de comprenderla en su especificidad. Ahora bien, las características que había adoptado el peronismo en el período previo, durante su gobierno (1946-1955), sus formas de hacer política y la heterogeneidad que lo caracterizó desde sus orígenes influyeron en las lógicas de acción que se implementarían con posterioridad al golpe de Estado que produjo su derrocamiento; a la vez que esa heterogeneidad se mantendría en la nueva etapa. Sin duda, el quiebre que tuvo lugar en 1955 abrió nuevas oportunidades para que grupos combativos —muchos de los cuales confluían en el peronismo revolucionario años más tarde— fueran ganando espacio y se convirtieran en actores legítimos de la política y del peronismo. A su vez, como han demostrado la mayoría de los trabajos que abordan el período, la rama sindical fue gravitante, ya que los sindicatos lograron sobrevivir al golpe de Estado y ser recuperados por el peronismo rápidamente; y este sector incluía tanto a los que en un futuro inmediato se burocratizarían como a los que asumirían posturas radicalizadas.⁸ Por otro lado, si bien las estructuras partidarias fueron las primeras en

⁷ Para Ernesto Salas la Resistencia peronista habría terminado en 1960, con el levantamiento de Miguel Ángel Iníguez; el último intento de golpe cívico-militar peronista, que tuvo como epicentros las ciudades de Rosario y Tartagal (Salas, 2006 [1990]). En trabajos anteriores discutimos esa periodización y ofrecemos otros criterios de delimitación (Gorza, 2017).

⁸ Durante el gobierno de Eduardo Lonardi hubo intentos de mantener el diálogo con los líderes sindicales peronistas, pero una vez instalados Aramburu y Rojas en el gobierno las políticas

quebrarse al caer el gobierno peronista, con dirigentes que abandonaron la actividad política, que se exiliaron motivados por las persecuciones encarradas por el gobierno de la Revolución Libertadora, o que lisa y llanamente se pusieron a las órdenes del nuevo gobierno, hubo actores provenientes de las mismas que se sumaron a la Resistencia; empezando por John William Cooke, el primer delegado de Perón en el exilio, que al momento del golpe de Estado ocupaba el cargo de interventor del Partido Justicialista en Capital Federal. El año 1958 es un momento revelador para observar las contradicciones que atravesaban al peronismo; un ejemplo lo brindan los conflictos que se generaron ese año, cuando se reincorporaron muchos de los dirigentes que habían estado encarcelados o exiliados. El siguiente testimonio de un exdiputado provincial que se había exiliado en Uruguay luego de su participación en el levantamiento de Valle,⁹ lo ilustra claramente:

Juan: Cuando volví había un acto y entonces...

Anabella: ¿Cuándo volvió del Uruguay?

Juan: Sí, a los pocos días, no me acuerdo qué cosa, hubo un acto del peronismo; ya estaba Alende en el gobierno.¹⁰ Todas las cosas habían cambia-

hacia los sindicatos se endurecieron; estos y la CGT fueron intervenidos y todos los dirigentes gremiales que habían tenido actuación en el segundo mandato peronista (1952-1955) fueron inhabilitados para ocupar cargos. A la vez, las comisiones internas de fábrica fueron disueltas. La respuesta fue una ola de huelgas entre los años 1956 y 1957, durante los cuales los peronistas se organizaron en agrupaciones gremiales y para principios de 1957 lograron recuperar los principales sindicatos, a la vez que consiguieron unificarse, primero, ingresando a la Comisión Intersindical, que controlaban los comunistas, y en agosto de 1957, con la constitución de las 62 Organizaciones integradas por peronistas y comunistas, aunque estos últimos se retiraron al poco tiempo (James, 2010 [1988]; Salas, 2006 [1990] y Schneider, 2005).

⁹ El levantamiento de Valle tuvo lugar el 9 de junio de 1956. Fue un intento de golpe de Estado contra el gobierno de la Revolución Libertadora que contó con la participación de sectores militares —algunos de filiación peronista y otros nacionalistas que reaccionaron ante el avance de los sectores liberales en el ejército—, y de sectores del peronismo, con amplia participación de las bases. Algunos militares fueron capturados y ejecutados luego de juicios sumarísimos realizados por tribunales militares, incluidos algunos de sus cabecillas (Juan José Valle y Oscar Cogorno), mientras que otros se refugiaron en la embajada de Haití y obtuvieron un salvoconducto para exiliarse en Venezuela. Muchos civiles fueron asesinados en las comisarías de Lanús y en los basurales de José León Suárez. Este hecho prontamente pasó a formar parte del martirologio de la Resistencia peronista (Melon Pirro, 2009, pp. 67-76; Salas, 2006 [1990], p. 64).

¹⁰ Se refiere a Oscar Alende, político radical que fue gobernador de la provincia de Buenos Aires entre 1958 y 1962.

do, ya había libertad para que el peronismo se moviera, se movilizara...
[...]

Juan: Bueno, ahí también surgió una decisión, porque la gente quería que yo hablara, y los que habían estado, los que se habían quedado, querían tener un mérito que nosotros no teníamos, los que nos habíamos ido. Nosotros nos habíamos ido exiliados; ¡no, si estuvimos en el paraíso nosotros! [con ironía]

Anabella: ¿Otros dirigentes?

Juan: Porque si no me iba, me fusilaban. Porque en el diario había salido que estaba fusilado, así que vos fijate... (Entrevista a Juan, 2012, La Plata).

Estos conflictos fueron muy comunes en la época, porque cuando se abrieron las primeras oportunidades para participar legalmente, no pocos se atribuyeron la legitimidad para encarar procesos reorganizadores que permitieran al peronismo insertarse nuevamente en la política institucional, y se generaron conflictos entre los que habían abandonado la actividad política después del golpe, pero que tenían larga trayectoria en el peronismo, o que se habían exiliado luego de la oleada represiva que sucedió al levantamiento de Valle en junio de 1956, y los que se habían mantenido en actividad durante los años de la Revolución Libertadora. Aunque el devenir posterior de algunos sectores del peronismo hacia posturas radicales ha tendido a concebir esos intentos de reorganización partidaria como actitudes negociadoras, lo cierto es que si observamos las fuentes de la época, ellas nos demuestran dos cuestiones: por un lado, que entre muchos peronistas circulaba la idea de que con el gobierno de Frondizi, que —recordemos— se había logrado merced a un pacto con el peronismo, se creía que la proscripción sería levantada y que el retorno de Perón ocurriría prontamente. (Después de todo, ¿quién podría saber en 1958 que su exilio llegaría a durar dieciocho años?). Por otro lado, encontramos a militantes y dirigentes actuando en diversos planos, de manera que reorganizar las estructuras partidarias no era incompatible con el mantenimiento de acciones clandestinas, muchas de las cuales recurrían al uso de la violencia (Gorza, 2017).

El relato de Juan evidencia además un conflicto que atravesó al peronismo durante esos años, y es la idea de que los sujetos provenientes de las estructuras partidarias no habían participado de la resistencia al gobierno de la

Revolución Libertadora. Si bien fue el sector sindical el que llevó la delantera en esas acciones, no faltó la intervención de otros sujetos que provenían de otros espacios de participación, inclusive del partido y en todo caso, debe contemplarse el carácter discursivo de muchas afirmaciones respecto de esta cuestión. Es decir, en el peronismo circulaba, desde sus orígenes, una noción de repudio a “la política” y a “los políticos”, que provenía de los debates entre laboristas y renovadores. Los primeros, de origen sindical, reprochaban a los segundos —políticos radicales de la línea partidaria pura— su pertenencia a la “antigua política”, a la “politiquería”, carente de contenido social. Esta idea fue tomada luego por el discurso peronista oficial para diferenciarse de la política liberal que había primado hasta su llegada (Mackinnon, 2002). Después del golpe de 1955, estas ideas volvieron a cobrar fuerza. Hubo una crítica a “los políticos”, los dirigentes del partido, que habrían sido los primeros en traicionar y defezionar, a diferencia de la rama sindical que se había mantenido en pie. (James, 2010 [1988], p. 132). Sin embargo, el carácter discursivo de estas afirmaciones se pone de manifiesto de diferentes maneras. Por un lado, en el ámbito sindical también emergieron disputas sobre la conveniencia de mantener posturas duras o combativas, que surgieron a medida que los sindicatos fueron siendo recuperados (Amaral, 2004 [1993]). Por otro, en mis entrevistas he encontrado esas críticas a “los políticos” emitidas por personas cuya militancia se desarrolló en unidades básicas, tanto antes como después del golpe de Estado, y que, empero, se expresan como si esas unidades básicas no fueran políticas o no formaran parte del partido. Aunque las mismas no respondieran a la alta dirigencia partidaria —sobre todo durante los años de la proscripción— eran entidades políticas y participaban de procesos electorarios.¹¹ Ello da cuenta de las dificultades de muchos militantes peronistas de la época para asimilar el carácter político de sus actividades.¹²

¹¹ Steve Levitsky (2005) ha destacado el carácter movimentista del peronismo; una fuerza política en la que las estructuras de base —entre las que se encuentran las unidades básicas— se comportan de manera casi autónoma, sin interactuar en el plano horizontal ni responder a los organismos formales de conducción, ya sea en el nivel nacional, provincial o local. Sin embargo, no por ello esas estructuras dejan de pertenecer al partido.

¹² A ello hay que agregar que la misma situación se dio de manera exacerbada entre las altas dirigentes del Partido Peronista Femenino, designadas como “las políticas”, muchas de las cuales, sin embargo, hasta el día de hoy no conciben su actividad como tal sino como actividad social. Véase Barry, 2009.

Luego de un período de completa proscripción del peronismo que tuvo lugar durante los años de la Revolución Libertadora, cuando la única opción de intervención posible eran las actividades de carácter clandestino o la creación de partidos neoperonistas, lo que se observa a partir de 1958 es un panorama complejo, en el cual al peronismo se le ofreció la posibilidad de organizarse a través de las estructuras del Partido Justicialista para participar nuevamente en la política institucional, pero donde las proscripciones y acciones represivas del Estado no cesaban, sino que se mantuvieron de forma intermitente. Se trató de un contexto cargado de incertidumbre y no libre de contradicciones, en el que fuerzas que impulsaban el cambio se enfrentaban a la inercia de las viejas estructuras que pujaban por no desaparecer y por mantener un lugar en el peronismo, y a la vez, cambios de estrategias y de alineamientos ante diferentes coyunturas que hacían difícil que la división entre sectores fuera tajante o que se dirimiera en términos ideológicos.¹³ Un ejemplo de ello fue la oposición al pacto con Frondizi y a la reorganización partidaria por parte de algunos integrantes de los comandos de la Resistencia, estructuras de base que se habían creado de manera autónoma para dar cauce a las actividades clandestinas. Estos se negaban a abandonar las acciones de choque y se enfrentaban a los defensores del pacto, vinculados a la figura de John William Cooke y a las 62 Organizaciones. Sin embargo, hasta ese momento unos y otros eran aliados y sostenedores de ese tipo de acciones. ¿Cómo prever en aquel entonces qué sectores se impondrían y cuál sería el devenir del peronismo?

Retomando lo dicho hasta aquí, podemos decir que la Resistencia peronista que se desplegó durante los primeros años posteriores al golpe de Estado de 1955 fue objeto de dos tipos de silenciamiento. Los entrevistados del documental *Los Resistentes* le atribuyen un borramiento, un silenciamiento completo y literal, producto de las incomodidades que genera reivindicar un proceso que contó con la presencia de sujetos que en años posteriores adoptarían posturas negociadoras. Ernesto Salas, por su parte, le imputa una sim-

¹³ Algunos autores han señalado los riesgos de leer la historia de la década de 1950 posteriores al golpe de Estado desde el universo de sentidos de la década de 1970. Humberto Cucchetti (citado en Besoky, 2013) desarrolla la idea de “nebulosa militante” para explicar, en esos años, la proximidad de actores cuyas trayectorias se separarían en las décadas posteriores y la imposibilidad de hablar de una división del peronismo entre izquierda y derecha.

plificación realizada por los sectores vinculados al peronismo radicalizado de los años setenta, que eliminaron el componente sindical. Desde estas páginas consideramos que dicho componente fue decisivo, pero que además intervinieron actores muy diversos, provenientes de distintos espacios de participación, inclusive político-partidarios —considerando que “lo político” no se reduce a la alta dirigencia y que la militancia en una unidad básica también es política—, y que la explicación radica en la heterogeneidad que atravesó al peronismo desde sus orígenes. Pero además, hubo otro silenciamiento: aquel que implica a las mujeres como sujetos de la Resistencia peronista. Las razones de ese silenciamiento son variadas y complejas. Aquí solo me limitaré a analizar cómo las problemáticas que genera el tema de la violencia asociado a la Resistencia peronista fue uno de los factores que contribuyó a forjarlo. Pero antes de pasar al desarrollo de esta cuestión, resulta interesante abordar los problemas más generales que la temática de la violencia genera en los relatos que sobre la Resistencia peronista se han construido desde el presente.

Resistencia y violencia. Nuevas interpretaciones, nuevos silencios

En 1955 se inició un período de intensa movilización popular que dio lugar a una escalada de actos violentos, la cual adquiriría grandes magnitudes en la década de 1970 (Gordillo, 2007). Aunque en los diez años que siguieron al golpe de Estado de la Revolución Libertadora dichas acciones no tuvieron ni la envergadura ni la ubicuidad que adquirirían en años posteriores, constituyeron un fenómeno novedoso para la época. El uso de la violencia no fue generalizado en toda la Resistencia peronista, pero por ser los fenómenos vinculados a ella los más visibles, ha llamado la atención de los contemporáneos y de varios investigadores. Para Samuel Amaral (2004 [1993]), la violencia aparece como una cuestión asociada directamente a la definición de Resistencia peronista, en la que esta es abordada a partir de los atentados y actos de sabotaje registrados por la prensa y de las cartas y mensajes de Perón, que se habrían caracterizado por el uso de un lenguaje belicista. Hacia comienzos de 1958, el autor observa el reemplazo de una estrategia de guerra por una de carácter político, concretada en el pacto con Frondizi, y reflejada en la adopción de un lenguaje más moderado así como en el desarrollo de atentados realizados de manera menos indiscriminada, y vinculados a objeti-

vos políticos o sindicales. Para otros autores, la violencia es un aspecto de la Resistencia pero no el más definitorio. Julio César Melon Pirro (2009) otorga énfasis a la política como factor determinante de las acciones violentas: sostiene que desde un primer momento la Resistencia fue concebida en términos políticos, para luego ser reemplazada por otra estrategia, la política partidaria. César Seveso (2010), por su parte, estudia las dimensiones culturales de la violencia que atravesaron el conflicto peronismo-antiperonismo, procurando superar los análisis que la conciben en términos estratégicos. Para ello analiza, a partir de poesías producidas por militantes, las bases no materiales y no ideológicas que guían la acción colectiva, y le otorga un lugar destacado a las emociones. A su vez, algunas investigaciones dan cuenta de las relaciones entre comandos y sindicatos y de cómo la violencia formó parte del propio proceso de recuperación de los sindicatos intervenidos, al menos durante el período 1955-1959/1960 (James (2010 [1998]), Raimundo (1998), Salas (2006 [1990]) y Schneider (2005)).¹⁴

En sintonía con el análisis que venimos desarrollando, cabe hacer una alusión nuevamente al trabajo de Ernesto Salas (2006 [1990]). Al señalar las resignificaciones que los discursos setentistas realizaron sobre la Resistencia peronista desplegada en los años cincuenta, este autor observa que el tópico de la violencia ocupó un lugar importante en los mismos. Esos discursos le recriminaban a la primera Resistencia que la violencia no hubiera sido extensiva a toda ella con objetivos estratégicos y revolucionarios, situación frente a la cual las organizaciones armadas de los años setenta se presentaban como superadoras. Salas sostiene que la violencia fue extensiva a la Resistencia en su totalidad, pero que hay que diferenciar entre dos tipos. Los atentados que cobraron envergadura, cuyo ejercicio se limitó a algunos actores, y una violencia cotidiana expresada en acciones menos llamativas, pero que no dejaban de ser violentas y que se ejercían como respuesta a la proscripción y exclusión efectuada por los sectores dominantes. Agrega, además, que el hecho de que la violencia haya afectado el proceso de recuperación de los sindicatos, es una muestra de que la misma no careció de

¹⁴ También cabe mencionar trabajos que analizan las dimensiones violentas de la Resistencia en espacios locales, tales como los de Agustín Nieto (2009) para Mar del Plata y de Yamile Álvarez (2014) para la provincia de Mendoza.

objetivos estratégicos; solo que esos objetivos no eran los que sostenía la izquierda peronista en la década de 1970.

Lo dicho por Ernesto Salas remite a los discursos públicos que se construyeron en la década del setenta del siglo pasado. Pero, ¿cuál es el relato que sobre la Resistencia peronista de los años cincuenta y primeros sesenta de ese siglo circula en la actualidad, no solo en los discursos públicos sino también en los testimonios privados? A diferencia de los setentistas que le criticaban a la primera Resistencia no haber hecho un uso de la violencia más extensivo y estratégico, en la actualidad circula un discurso de la no violencia que tiende vaciar por completo a la Resistencia peronista de sus aspectos violentos o a matizarlos mediante una narración de tono anecdótico. La temática de la violencia, su rechazo y negación, irrumpe en la mayoría de los relatos que he registrado a través de entrevistas, aunque los cuestionarios no incluyeron preguntas que apuntaran directamente a esa cuestión. Por eso, las causas de esa recurrencia se vuelven un tema de indagación. Ello no significa que los entrevistados hayan estado implicados en acciones violentas y que mientan acerca de su pasado, sino que semejante énfasis por desvincularse de dichas acciones —y en algunos casos, por desligar de la violencia a la Resistencia e incluso al peronismo en su totalidad— está dando cuenta de una interpretación de la misma como un factor problemático.

Anteriormente me he referido al discurso público sobre la Resistencia peronista; a la creación de una “memoria monumento” sobre el pasado y los mecanismos para eliminar las “memorias perturbadoras”, que en el caso del discurso público se plasman mediante “memorias no autorizadas” que pudieran introducir fisuras en ese relato. Sin embargo, Alessandro Portelli, también ha dado cuenta de la existencia de “memorias perturbadoras” en el nivel del recuerdo personal, que tendrían su expresión a través de lo que el autor denomina “memorias involuntarias”: contradicciones del propio relato que emergen a pesar de los intentos del narrador por reprimirlas (Portelli, 2013):

memoria monumento: la memoria practicada y a menudo impuesta por las instituciones, como conmemoración y celebración de las glorias del pasado; narración de una identidad nacional que sólo recuerda lo que enorgullece y elimina las sobras y contradicciones. A menudo esta es también una memoria individual sobre la cual se construyen los cimientos

de una identidad personal. En fin es la memoria como instrumento para sentirnos satisfechos y en paz con nosotros mismos, y por lo tanto para seguir siendo lo que somos o lo que hemos sido. Pero la memoria es también –diría casi *sobre todo*, o en todo caso más útilmente algo que sirve para molestarnos, para poner en duda las certezas y las creencias que nos tranquilizan (Portelli, 2016, p. 477).

Podemos observar, entonces, la presencia de una memoria sobre la violencia que cumple el papel de una memoria perturbadora e involuntaria, y de la negación como recurso para exorcizarla (Portelli, 2001 [1999]; 2013; 2016). El caso de Nello, un militante de la ciudad de La Plata, es muy ilustrativo respecto de las incomodidades que genera el tópico de la violencia. Cada vez que en su relato se menciona la palabra “resistencia”, esta automáticamente va acompañada de una segunda palabra aclaratoria, “pacífica”, como si el término “resistencia” remitiera inexorablemente a la violencia:

Anabella: ¿En qué momento se crea la unidad básica que funcionaba en la casa de su hermano?

[...]

Nello: Estas se crearon después [del derrocamiento del peronismo], para la Resistencia; pacífica.

Anabella: ¿Nació como ateneo?

Nello: Nació como ateneo y después se hizo unidad básica

[...]

Anabella: ¿Y su hermano Francisco había tenido algún tipo de participación política durante el gobierno peronista?

Nello: No, no, no. En la época de Perón, no. Solamente después del 55. Después de la caída de Perón, del gobierno peronista, ahí sí, ya nos volcamos a la lucha, pero pacífica. Nadie tenía una honda para matar un pajarito (Entrevista a Nello Fiorenza, 15 de marzo de 2014, La Plata).

En este entrevistado hay un intento por diferenciarse del proceso de lucha armada que se generalizó en la década de 1970. Al final de la entrevista manifestará explícitamente su repudio a ese proceso, al dar cuenta de cómo los jóvenes identificados con esa tendencia quisieron “copar” la unidad básica. En este caso, la estrategia es despojar a la Resistencia de sus aspectos

violentos. En otros, como he señalado anteriormente, el recurso consiste en recordar acciones que implicaban el uso de la violencia, pero en el marco de un lenguaje mítico y anecdótico. Melon Pirro (2009) sostiene que así como hubo una identificación en el nivel semántico entre ambas etapas de Resistencia, también ha circulado la imagen de un “terrorismo amateur” e “inocente”, sostenida por los militantes que tuvieron su participación en la primera experiencia y utilizada para diferenciarse de la militancia setentista, en la cual la violencia habría sido “menos discriminada” y “menos inocente”. Es decir, se ha construido un relato alrededor de la tradición del uso del “caño”, las bombas de fabricación casera que fueron las que predominaron en los primeros años de la Resistencia peronista. Veamos un ejemplo:

Tampoco nunca pude olvidarme de Osvaldo Piñeyro, un compañero de facultad que no había tenido en su vida, creía yo, otra preocupación que llegar a ser un buen contador público. Un día de 1956 me lo encontré por la calle. Venía con la corbata desarreglada, desalineado, estaba distinto. Le pregunté qué le pasaba y el que para mí sólo sabía hacer asientos contables se despachó: ‘...estoy poniendo caños...’. Y se detuvo a explicarme su técnica: se había hecho un agujero en el bolsillo del pantalón, y mientras iba caminando por la vía del tranvía, iba tirando los petardos. Después, como al descuido, volvía para asegurarse de que estuvieran bien colocados, los empujaba con el pie y se iba lo más campante, caminando tranquilamente y regocijándose con el ruido que había a sus espaldas. Esta imagen volviendo una y otra vez a mi memoria me convenció de que teníamos que rescatar lo insólito, lo inédito de la Resistencia, esa nota distintiva y ese ‘sigilo estratégico’, que hizo que muchas veces los peronistas tuviéramos que callar pero mientras tanto, por abajo, seguíamos cavando (Relato de Antonio Cafiero, en Garulli, et al., 2000, p. 12).

Este ejemplo lleva al extremo esas características de inocencia que señala Melon Pirro (2009). Pero sin ir tan lejos, encontramos testimonios similares en una multiplicidad de soportes, entrevistas, documentales, libros de divulgación, e incluso imágenes de ese tipo suelen filtrarse en cierta bibliografía académica; fenómeno que podría sintetizarse en la idea de una imagen romántica sobre la primera Resistencia peronista. Un ejemplo lo constituye el documental *Los Resistentes*, que hemos citado al comienzo de este capítulo,

en el cual las personas narran episodios de su militancia en los que se refleja su relación con las armas y explosivos y su pertenencia a algún comando, en muchos casos, en una tónica nostálgica, graciosa, o ambas a la vez. El carácter nostálgico suele estar asociado a la vinculación de los recuerdos con una etapa particular de la vida, en general la adolescencia o la juventud. Observemos el relato de dos amigos de barrio que compartieron su participación en la Resistencia:

Y bueno, la etapa de la Resistencia, José tiene un par de años más que yo; fue mi maestro. Mi papá, yo cuando tenía once años, mi papá se fue de mi casa. Entonces, vos sabés bien cómo era la situación antes. O sea, tu papá y tu mamá no te ponían al día de lo que vos ibas evolucionando como ser humano. Entonces, ¿dónde lo aprendías? En una esquina con los amigos. Y toda la vida me gustó ser amigo de los mayores y de los que, en cierto modo, me tiraban un línea, ¿no? [llora] Y el Cabezón fue uno (Relato de Teodoro Valdez, en Fernández Mouján, 2009).

El carácter nostálgico y emotivo puede convivir en una misma entrevista con el anecdótico y gracioso. Este último suele derivar, por un lado, de la imprudencia, que era a su vez producto de la inexperiencia:

Teodoro se olvida de una anécdota que debe ser la más, no la más importante si no, la más curiosa. Del '55 a mí me habían quedado unos paquetes de dinamita con fulminantes, con mecha, y en esa requisa que cuenta, '¿Qué hacemos con esto? Teníamos alrededor de diez kilos de dinamita, ¿Qué hacemos con esto? Bueno, arriesguémonos y vayamos a tirarlo al Riachuelo'. Así hicimos. Agarramos el paquete de dinamita y la pudimos tirar al Riachuelo. Sin contar previamente las pruebas que hicimos de cómo explotarla, que nos asombraba y nos hacía más poderosos que Napoleón, porque creíamos que con la dinamita que teníamos éramos los reyes de la Resistencia [...] Como broche, un día yo llego de trabajar y tenía a mi hija, que tenía dos años, y la veo saltando con una mecha del paquete de dinamita que tenía arriba del ropero, la utilizaba como soga de saltar [risas] (Relato de José Liñeiro, en Fernández Mouján, 2009).

Pero además, lo anecdótico surge de lo irrisorio que resulta que alguna vez los sectores populares hayan pensado que podían enfrentarse a los sec-

tores que detentaban el poder, sobre todo con la escasa experiencia y organización que poseían, y con métodos tan rudimentarios. Una de las personas que he entrevistado y que se refiere al levantamiento de Iníiguez, lo expresa de esta manera:

Vos fijate la mística, el compromiso y la entrega que había que tener; que tuvieron estos compañeros y compañeras para participar de la toma de un regimiento. El imaginario que llegó a conformar la Resistencia del peronismo que concibió la posibilidad de tomar un regimiento (Relato de Pedro, en la entrevista realizada a Julia, Eugenia, Emilia y Pedro, 2012, Rosario).

Ahora bien, tanto en el film de Fernández Mouján como entre los militantes que he entrevistado se observa una postura similar respecto a la existencia de “códigos” en la Resistencia peronista. Juan Carlos Cena, un militante que integró un comando surgido de las estructuras sindicales ferroviarias en Córdoba sostiene que: “había códigos. Nunca la Resistencia peronista hizo un atentado o un sabotaje donde había gente. Siempre cuidó al otro, siempre cuidó al ser humano” (Relato de Juan Carlos Cena en Fernández Mouján, 2009). Sin embargo, en un libro de su autoría, *El guardapalabras, memorias de un ferroviario* (1998), establece diferencias entre quienes sostenían la concepción de una violencia con objetivos indiscriminados y quienes consideraban el sabotaje como obstáculo o interrupción de una actividad, y se oponían a las destrucciones inútiles que atentaban contra el patrimonio nacional, los instrumentos de trabajo o que ponían en peligro la vida de las personas; hechos que además generaban propaganda negativa de la Resistencia peronista.

¿Cómo deberíamos interpretar estas actitudes? Alessandro Portelli nos ofrece algunas claves para ello. El papel jugado por la violencia es una cuestión problemática no solo en los relatos sobre la Resistencia peronista, sino en los discursos sobre muchos otros procesos históricos. El autor sostiene que el recuerdo del pasado siempre está influido por los valores y preocupaciones del presente; el paso del tiempo actúa sobre los juicios que emitimos acerca de los actos que hemos realizado en épocas anteriores. Esto puede responder a cambios en los valores que prevalecen en la sociedad en un determinado momento. A veces, los narradores pueden reconstruir los procesos

mentales que hicieron posible que ciertos actos fueran considerados lícitos y/o necesarios en determinadas circunstancias y contextos. Pero otras veces ello no se logra, y los entrevistados suelen recurrir a fórmulas para exorcizar el surgimiento de esas “memorias perturbadoras” (Portelli, 2001 [1999]). Concretamente, Portelli ha indagado acerca del lugar problemático que ocupa la violencia en los relatos públicos e individuales sobre la lucha partisana en Italia durante la Segunda Guerra Mundial y ha observado las dificultades de algunos entrevistados para compatibilizar ciertas acciones realizadas en el pasado con los valores que prevalecen en la sociedad actual, y las complicaciones para ubicar históricamente esas acciones, que tuvieron lugar en un contexto de guerra (Portelli, 1999; 2013):

Más problemática aun es la memoria personal de quienes combatieron en la guerra partisana, y que en su curso cometieron acciones que contrastan con su propia conciencia, y con la ética del tiempo de paz. A diferencia de los fascistas, los partisanos no eran portadores de una ideología de violencia y de muerte; el haber practicado la violencia, el haber matado —y el ver que esta experiencia es excluida de las memorias autorizadas— produce dolorosas disociaciones dentro de las conciencias mismas (Portelli, 2016, p. 482).

La Resistencia peronista no se desarrolló en un contexto de guerra, pero tampoco en un marco democrático. La alternancia de gobiernos civiles y militares, de momentos de completa anulación del funcionamiento de las instituciones republicanas seguidos de otros caracterizados por una fuerte debilidad institucional y de intromisiones del poder militar en las decisiones gubernamentales, fueron las características que tiñeron el contexto político en el que se desplegó. Se trató de un contexto represivo y proscriptivo, en el que además se implementaron innumerables políticas económicas antipopulares. A ello debe sumarse la legitimidad —cada vez más creciente— que el uso de la violencia política por parte de los sectores populares estaba adquiriendo en el contexto de la Guerra Fría y de los procesos de descolonización en el Tercer Mundo. Considerar ese contexto haría más comprensible muchas acciones de la Resistencia, porque la violencia es coyuntural; es decir, está determinada por el contexto (Labica, 2008).

¿Cuáles son, entonces, esos factores que actúan en la sociedad actual y que impiden la comprensión de la Resistencia peronista en toda su complejidad? En principio, debemos dar cuenta del carácter problemático de asumir la propia responsabilidad en el desarrollo de acciones violentas, ante posibles sanciones penales y las reservas morales que implica. Entre militantes que participaron de organizaciones armadas en la década de 1970 también se observan los mismos reparos (Oberti, 2015). La diferencia entre estos últimos y los militantes de los años cincuenta y primeros sesenta es que entre aquellos el problema consiste en reconocer el uso propio de la violencia, mientras que entre los segundos, la negación suele hacerse extensiva a la Resistencia peronista en su totalidad e inclusive al peronismo. Es decir, se niega que la Resistencia haya apelado a la violencia como método de lucha. Las razones de esta actitud deben buscarse en un presente en el que predomina una perspectiva que condena el uso de la violencia política por la sociedad, producto, probablemente de los altos niveles de conflictividad que ha atravesado y donde están latentes las secuelas que dejó el terrorismo de Estado. Pero además, la reivindicación de un sistema democrático que no termina de consolidarse y que ha estado ausente en la mayor parte del siglo XX convive con el discurso de la no violencia, que a veces encubre otros propósitos. Como señala Georges Labica (2008) retomando una vieja distinción hecha por Karl Marx, en el marco del contexto mundial actual de globalización y políticas neoliberales, la negación de una violencia “sangrienta”, visible, y la colocación de todos los tipos de violencia bajo el mismo parámetro sin establecer distinciones, tiende a ocultar la violencia “muda”, invisible pero ampliamente extendida, que se vincula con la aplicación de esas medidas.

Para el contexto latinoamericano, las reflexiones de Pilar Calveiro (2005) van en el mismo sentido. La autora señala cómo con posterioridad a las dictaduras latinoamericanas se ha expandido un modelo democrático, propiciado por Estados Unidos, altamente cuestionable, ya que las democracias se han asentado sobre la sangre derramada por esas dictaduras, a la vez que se presentan como pacíficas cuando en realidad son altamente violentas. Por un lado, implican una violencia oculta, consecuencia de la aplicación de políticas neoliberales, pero además desarrollan una violencia explícita, visible, que se manifiesta en el castigo al delincuente y al terrorista, los dos enemigos declarados del orden mundial actual. En este contexto de exaltación del diálogo

y del pacifismo, la violencia social, producto de la exclusión que genera el neoliberalismo, es asimilada a la delincuencia, mientras que la violencia que cuestiona el orden de cosas es asimilada al terrorismo, anulando de esta manera cualquier desafío al monopolio de la violencia estatal (Calveiro, 2005). Para el contexto argentino, el retorno democrático en 1983 implicó un punto de inflexión en la construcción de memorias sobre la violencia ejercida durante la década anterior. El discurso público predominante que circuló en la sociedad durante los ochenta predicaba la fundación de una sociedad democrática basada en el diálogo en la que la revolución perdía su razón de ser, en la que los desaparecidos por el terrorismo de Estado fueron catalogados como víctimas inocentes y despolitizadas, y había pocas posibilidades para tematizar la violencia (Lvovich y Bisquert, 2008).¹⁵

Durante los años del gobierno kirchnerista (2003-2015) hubo una reivindicación de la militancia setentista. Sin embargo, como señalan Daniel Lvovich y Jaquelina Bisquert (2008), la violencia no fue tematizada, continuó siendo problemática, y se desarrolló un discurso mítico y simplificado de esa experiencia, puesto que la democracia liberal no había sido un elemento de valoración de las organizaciones de la izquierda peronista (ni de la izquierda marxista) durante los años setenta del siglo XX, y por lo tanto el ejercicio de la violencia resultaba perturbador si se quería usar esa experiencia para legitimar al gobierno. En relación con ello, Omar Acha (2012) propone contemplar la situación argentina a la luz del contexto latinoamericano y de las experiencias populares que se vislumbraron en la última década, que han llevado a redefiniciones de nociones como “revolución” y “cambio social” y han abierto expectativas para repensar el pasado a la luz de una matriz diferente a la “liberal democrática”, que fue la que se impuso a partir de 1983. No obstante, el retroceso de esas experiencias y algunos hechos puntuales, como el que experimenta nuestro país en estos días con la desaparición y muerte de Santiago Maldonado que tanto impacto ha generado en la opinión pública, suscitando la resistencia y el repudio de la población civil a la violencia institucional pero también la emergencia de discursos que parecían estar enterrados y que

¹⁵ En relación con ello es que Calveiro (2005) propone la necesidad de desarrollar una memoria política que permita recuperar los sentidos de las prácticas revolucionarias de los años setenta del siglo pasado, procurando comprender el despliegue de la violencia en el marco en que se desarrolló. En el contexto iniciado desde el fin de las dictaduras latinoamericanas al presente hay poco

remiten a la época de la última dictadura militar e incluso a dictaduras anteriores, parecen contradecir las expectativas del autor, por lo menos en lo que se refiere al discurso público y no académico sobre la violencia.¹⁶

Estas explicaciones podrían valer tanto para los militantes de los años cincuenta como para los de los setenta, y podrían ser aplicables no solo al peronismo. Pero además hay otros motivos que conciernen exclusivamente al peronismo y a la primera experiencia de Resistencia. Esta última ha sido construida en los discursos públicos como un paradigma de militancia. Fernando Balbi sostiene que los peronistas, en su socialización política, aprenden ejemplos de lealtad y traición a partir de casos concretos que están tematizados, estandarizados e integrados al folklore. Estos ejemplares tienen una función cognitiva porque aportan parámetros de comportamiento, con una fuerte carga moral, normativa y emotiva. Los relatos de la Resistencia constituyen ejemplos de lealtad, surgidos entre los propios militantes, que transmiten una idea de heroísmo y de entrega en un momento de adversidad (Balbi, 2007). Entonces, ese tópico de la violencia choca con la construcción de la Resistencia como un paradigma de militancia, que en cierta medida también ha sido construido como reacción a la burocratización y la corrupción que han atravesado a algunos sectores del peronismo. Tan es así que la Resistencia como elemento legitimador, y despojada de sus contradicciones y elementos problemáticos, es rememorada desde diferentes vertientes del peronismo, independientemente del nivel de combatividad o negociación que hayan tenido los sujetos que la reivindican, a lo que hay que agregar que también es evocada por sujetos que no participaron en ella.

margen para la reivindicación de la figura del “revolucionario”. Sin embargo, esta había sido central en el vocabulario de la política latinoamericana durante la Guerra Fría, en un entorno que se había caracterizado por el ejercicio de una violencia estatal que se venía desplegando desde el siglo XIX.

¹⁶ El análisis de Acha se centra en los discursos académicos sobre la violencia de la década de 1970. El autor despliega sus expectativas sobre la posibilidad de que dicha problemática sea tematizada a partir de una nueva agenda de investigación desarrollada por académicos que, a diferencia de los autores que hasta el momento han trabajado sobre el tema de manera integral y problemática, no han vivido la experiencia de la última dictadura militar. Considera que el contexto latinoamericano contemporáneo a la publicación de su libro (2012) era propicio para esa renovación. Si bien la emergencia de discursos reaccionarios en la sociedad no invalida esa posibilidad de renovación, cabe señalar las transformaciones que ha sufrido ese contexto desde el momento de publicación al presente, cuando el neoliberalismo vuelve a imponerse con todas sus fuerzas.

La Resistencia desarrollada por el peronismo entre los años 1955 y 1965 ha sido objeto de múltiples formas de silenciamiento. Sin duda, ha sufrido un silenciamiento en términos literales, tal como formulan los protagonistas de *Los Resistentes*. Ello es muy patente en la bibliografía académica, donde ha despertado muy poco interés, sobre todo si se la considera a la luz del auge que han tenido los estudios sobre la militancia setentista en la última década; cuestión que es señalada por los protagonistas del documental, que hacen referencia a la ausencia de estudios sistemáticos sobre el período. En los discursos públicos que emergen de los propios protagonistas se observa un esfuerzo por diferenciarse de aquella otra experiencia de militancia posterior, cuya fuerza se hace sentir en el imaginario colectivo. Pero de esos discursos, lo que surge es una imagen romántica de la Resistencia que hace difícil un abordaje analítico, y que inclusive se filtra en algunos trabajos académicos. Ahora bien, si hay un aspecto de la Resistencia peronista que ha sido completamente silenciado, este se vincula con la presencia femenina en sus filas. Pese a que a veces se habla de “los hombres y mujeres de la Resistencia peronista”, o que se hace referencia a “las mujeres de la Resistencia peronista”, lo cierto es que esas menciones son siempre tangenciales y que la historia de esas mujeres recién está comenzando a escribirse. En el apartado siguiente analizaremos por qué esa historia ha sido silenciada y cómo el problema de la violencia ha ejercido cierta influencia sobre ese silenciamiento.

El género como articulador de las memorias sobre la Resistencia peronista

El principal problema para llevar a cabo un análisis sistemático sobre la participación femenina en la Resistencia peronista que siguió al golpe de Estado de 1955 está dado por la escasez de fuentes, tanto escritas como orales. Respecto de las primeras, el factor causal más importante de esa dificultad radica en el carácter clandestino de muchas de las prácticas que conformaron el repertorio de confrontación de la Resistencia; cuyas huellas en las fuentes escritas suelen aparecer cuando ha intervenido alguna fuerza disciplinadora. Entonces, nos encontramos con las problemáticas propias de las fuentes generadas por los aparatos de la represión.¹⁷ En relación con las fuentes ora-

¹⁷ El análisis de esas dificultades excede el interés de este trabajo, pero algunas pueden sinte-

les debemos hacer referencia a una multiplicidad de problemas. La principal complicación está dada por la falta de testimonios directos. Son escasos los casos de mujeres que se reconocen como participantes de la Resistencia y en los relatos masculinos aparecen mencionadas de manera tangencial. Por otro lado, como las narraciones sobre la Resistencia peronista casi siempre destacan actividades realizadas por militantes varones, resulta difícil identificar a las mujeres que estuvieron involucradas en dicho proceso. No olvidemos el peso adquirido por el sindicalismo durante el período y la gravitación que desplegó en el desarrollo de la Resistencia. Por lo tanto, no debería resultar-nos llamativo que los trabajos que se enfocan en las acciones que tuvieron como protagonistas a sujetos provenientes de los espacios sindicales no den cuenta de la participación femenina, puesto que a pesar de la alta presencia de mujeres en algunas ramas de la producción, el sindicalismo ha constituido tradicionalmente un espacio de predominio de lógicas de socialización masculinas, que ha opacado la participación femenina e impedido la emergencia de reconocidos liderazgos entre las mujeres (D'Antonio, 2000; Palermo, 2009).

Los primeros trabajos académicos sobre la Resistencia de los años cincuenta y sesenta datan de fines de la década de 1980 y comienzos de la de 1990, pero no hubo en ese entonces interés por recoger testimonios de mujeres y analizarlos. De hecho, hay muy pocas publicaciones respecto de la participación femenina,¹⁸ y en la mayoría de los casos se trata de trabajos breves, poco analíticos o que tocan el tema tangencialmente. Tampoco el auge de los estudios de género en la última década y media ha suscitado un interés por la temática. Y en la actualidad, a los problemas arriba mencionados se suma una nueva dificultad que está dada por el factor etario, que implica que las

tizarse en la tendencia de los agentes de la represión a inventar información para cumplir con los requisitos burocráticos (Lorenz en Bacha, 2011) o para justificar la represión (James, 2010 [1998]), y también, en pasar por alto cuestiones políticas que no fueron percibidas como tales. Del lado de las personas que fueron objeto de la represión debe mencionarse la tendencia a minimizar el compromiso político. Es decir, no debe perderse de vista que los sujetos involucrados se hallaban insertos en relaciones de poder asimétricas que influyeron sobre los discursos que emergen de esas fuentes (Farge, 1991). Finalmente, deben contemplarse las consideraciones éticas que su uso amerita. Sin embargo, esos reparos no deshabilitan su uso como fuentes históricas, por demás enriquecedoras para el estudio del pasado reciente.

¹⁸ Ver al respecto: Castronuovo, 2016; Centurión, 2007; Dos Santos, 1983; Barrancos, 2017; Scoufalos, 2007; Seveso, 2010.

posibles entrevistadas no siempre se encuentren en condiciones adecuadas para ofrecer su relato. Por eso, la mayoría de ellas suelen ser mujeres que eran muy jóvenes, generalmente adolescentes, al momento de producirse el golpe de Estado de 1955, y es difícil acceder al testimonio de mujeres de mayor edad con niveles altos de responsabilidad y compromiso.

Finalmente, debemos hacer referencia a la reticencia de muchas militantes a manifestarse sobre esa etapa de sus vidas, y ello por varios motivos: el dolor que puede provocar el tener que expresarse sobre un período marcado por la experiencia de la persecución política, la cárcel, el exilio, las dificultades económicas ante la pérdida de trabajo, la decepción ante el devenir posterior sufrido por el peronismo. Asimismo, como señalábamos en el apartado anterior, la incompatibilidad de los valores que guiaron la acción en el pasado con los valores que la guían en el presente y la imposibilidad de reconstruir el pensamiento que hizo posible que ciertas acciones fueran llevadas a cabo en un contexto determinado. Esto último se da, sobre todo, entre las mujeres que abandonaron la militancia. También influye el hecho de que el período en estudio muchas veces queda opacado en los relatos personales ante la trascendencia que para los narradores y narradoras han adquirido otros momentos de sus vidas, que para sus trayectorias personales han sido más significativos o porque incluso han dejado más huellas en la memoria colectiva. En este sentido, el peso que ha ejercido en las memorias públicas y privadas la etapa de los dos primeros gobiernos peronistas y la conflictividad de la década de 1970 ha contribuido a opacar el período que es objeto de estudio en este trabajo; una etapa que, además, ha estado marcada por una gran inorganicidad de la actividad política del peronismo, lo que hace más difícil su aprehensión.¹⁹

Además de estas dificultades que hemos señalado, debemos hacer referencia a una más. Y ella está directamente vinculada con el problema de la violencia. Cuando inicié mi investigación sobre la participación de las mujeres en la Resistencia peronista, una de las primeras fuentes que consulté fueron seis entrevistas a mujeres que habían militado en el peronismo durante

¹⁹ Algunas de estas cuestiones han sido señaladas por Ana Josefina Centurión (2007), quien sostiene que la ausencia del partido como lugar ordenador y disciplinador durante los años 1955-1958, tiende a desacomodar los recuerdos de los militantes.

los años de sus primeros gobiernos, pertenecientes al archivo oral del Instituto de Investigaciones Históricas Eva Perón. Algo llamativo de esas entrevistas fue que, si bien el cuestionario se enfocaba en el período 1945-1955, contenía una pregunta sobre la Resistencia peronista, a la que todas las entrevistadas, (excepto una) respondieron que ellas no habían participado y que no habían sido “montoneras”. Independientemente de su participación, esas respuestas nos advierten sobre cómo en los recuerdos personales el fenómeno montonero tiende a eclipsar experiencias previas de resistencia, y cómo la asociación de ese fenómeno con la violencia —asociación que a su vez es una simplificación— ha llevado a una identificación entre la idea de Resistencia y violencia. De ahí la necesidad de desvincular a la primera Resistencia peronista de la violencia, de redimensionar el papel que la violencia cumplió en ella, o directamente de negar la participación en dicho proceso.

Consideramos que esta asimilación entre Resistencia y violencia es uno de los factores que hace difícil que muchas mujeres puedan reconocerse como partícipes de la primera Resistencia peronista. Es por esto que la mayoría de las historias sobre dicho proceso nos han llegado a través de relatos masculinos. Ahora bien, como observamos en el apartado anterior, pese a rechazar el uso sistemático que las organizaciones de los setenta hicieron de la violencia política, entre los militantes varones pudo construirse un relato donde esta aparece matizada, ya sea minimizada o articulada bajo la forma de anécdotas. Sin embargo, ese relato no encuentra un paralelismo entre las mujeres. Es como si en ellas el tópico de la violencia ejerciera un efecto más perturbador.

En nuestra investigación hemos encontrado un solo relato femenino que encaja en ese anecdótico sobre un uso de la violencia inocente y falto de experiencia. En un relato de Lala García Marín,²⁰ extraído de una entrevista que le realizara la Comisión por la Memoria de la provincia de Buenos Aires, la militante cuenta que a raíz de encontrarse escondida en un coto de caza en Tandil, producto de sus conversaciones con un vecino, descubrió una fábrica de explosivos. Ella y sus compañeros de militancia, que también estaban prófugos, robaron parte de ese material, lo trasladaron a Buenos Aires, y lo

²⁰ Hortensia García Marín (Lala) fue una militante de la Resistencia peronista que integró el Comando Táctico y durante los años del gobierno peronista se desempeñó en la Fundación Eva Perón y en el Ministerio de Salud junto a Ramón Carrillo. Combinó la participación en células clandestinas con la actividad partidaria.

colocaron debajo de la cama de su padre sin que este supiera, hasta que por un militar amigo que luego fue a retirar los explosivos, se enteraron que los mismos estallaban por detonación espontánea:

Lala: Mi papá estaba durmiendo y le pusimos todas las cajas... “-¿Qué son?”, “-Cajas que nos han donado, dejá no toqués nada”. Era inconciencia total, porque para andar con explosivos uno tiene que tratar de saber qué posibilidad de explosión tiene eso, o lo otro, compenetrarse de lo que está manejando. Nosotros era como manejar papas o batatas.

[...]

Julieta: ¿Y su papá se llegó a enterar?

Lala: Sí, papá dijo en calzoncillos largos, dijo: “-¿pero es cierto lo que me han contado? Que han traído y me han puesto... ¿has querido matar a tu padre?” (se ríe). “-No papá, no sabíamos que explotaban solamente espontáneo”. Era una explosión que hacía el producto. Era un gran patriota él y me aguantó a mí tantos años (Entrevista de Julieta Sahade a Hortensia “Lala” García Marín, 27 de julio de 2010. Buenos Aires: Archivo Oral, Comisión Provincial por la Memoria).

En este relato el uso de explosivos es naturalizado. La experiencia narrada es interpretada con una tónica de humor generada por la percepción, experimentada desde el presente, de la irresponsabilidad que la entrevistada y sus compañeros de militancia adoptaron en esa oportunidad, inconscientes del peligro que su acción implicaba. Sin embargo, este reconocimiento del propio uso de la violencia por parte de mujeres, es algo excepcional. En general, las mujeres lo niegan o directamente no se reconocen como parte de ese proceso porque tienden a identificar Resistencia con violencia. Pero además, incluso entre mujeres que sí se reconocen como integrantes de la Resistencia peronista y que participaron o colaboraron con acciones que implicaban el uso potencial de la violencia, como la toma de un regimiento, suele haber una tendencia a negarla como elemento constitutivo de dicho proceso. Veamos un ejemplo tomado de una entrevista realizada a mujeres que colaboraron en el levantamiento de Iñíguez en Rosario. Entre estas entrevistadas, la pregunta por la existencia de los comandos de la Resistencia generó un clima de malestar:

Julia: No, nosotros no tuvimos [comandos]. Los que nos querían combatir, sí.

Emilia: Nosotros nunca fuimos de comandos militares [...]

Julia: No, pero los que nos querían combatir, sí.

Emilia: Ni tampoco batallones, ni tampoco...

Julia: No, pero los que nos querían combatir, sí. Hacían comandos.

Anabella: Los comandos civiles (Relato de Julia y Emilia en entrevista realizada a Julia, Eugenia, Emilia y Pedro, 2012, Rosario).

Cabe aclarar que los comandos no necesariamente desarrollaban acciones que implicaban el uso de la violencia. Sin embargo, se trata de un término que tiene una connotación militar, y esa connotación es la que estuvo presente en el pensamiento de las mujeres entrevistadas y lo que explica la actitud de enojo. Ernesto Salas sostiene que también encontró entre sus entrevistados esta negación a la pertenencia de comandos (Salas, 2006 [1990]). Nuestras entrevistadas no participaron en ninguna estructura que llamaran con ese nombre, puesto que el fenómeno de los comandos no se extendió a toda la Resistencia y ni siquiera a la mayor parte de ella. Su participación en el peronismo pasó por otros espacios y estructuras: el barrio, la familia, la unidad básica barrial, los sindicatos, la CGT local. Pero el fragmento citado es interesante porque revela una oposición enérgica a esas estructuras que asocian con la violencia y un intento por diferenciarse de los sectores que sí la usaron. En una entrevista posterior a una integrante de este grupo, esta cuestión emerge de manera más evidente:

Anabella: Para vos ¿Qué fue la Resistencia peronista? ¿Hasta cuándo duró?

Eugenia: Yo pienso que la Resistencia peronista es lo que hace volver a Perón porque la gente lo pedía continuamente. Está bien que después también tuvimos grupos medio subversivos, en esa época, también nosotros.

Anabella: ¿Ustedes no los apoyaron a esos grupos?

Eugenia: No, no apoyábamos. La verdad que nosotros no queríamos que se mate a nadie. Teníamos chicos, jóvenes, que era tanto el fervor peronista que tenían, que ellos querían pelear. Los veían como dioses a esos grupos, pero había que explicarles que dentro de esos grupos no eran todos argentinos, había gente de afuera [...].

Anabella: Pero en la militancia que ustedes hacían, vos con la unidad bá-

sica o con los gremialistas ¿Las actividades que ustedes hacían cambiaron? Eugenia: Sí, sí, nosotros lo único que te puedo decir que era distinto es por los grupos subversivos, los cuales anteriormente no habían estado. Anteriormente, éramos realmente compañeros que todos luchábamos por lo mismo. También había otros intereses. Pensá que había gente que quería peronismo sin Perón (Entrevista a Eugenia, 2014, Rosario).

Como podemos observar en el relato, una vez más emerge la diferencia entre la experiencia setentista y la de los militantes que venían actuando desde el momento del golpe de Estado de 1955 y aun antes. No es que esta entrevistada no haya participado durante los años setenta, pero establece una diferencia con aquellos que ingresaron al peronismo en esos años —en especial jóvenes— y que adoptaron la lucha armada como método. Como he pretendido demostrar anteriormente con el ejemplo de Nello, esta actitud también suele manifestarse entre militantes varones, pero en las mujeres se encuentra de manera más acentuada, al punto de negar su participación en la Resistencia o de negar que el peronismo haya recurrido en algún momento al uso de la violencia. El relato de Lala Marín al que hiciéramos referencia actúa como excepción. No suele ser común hallar este tipo de relatos entre las mujeres. El propio documental *Los Resistentes*, donde se narran experiencias de ese tipo, es muy desparejo en cuanto a la cantidad de mujeres y varones entrevistados. Las voces de las mujeres aparecen ínfimamente representadas. Sin embargo, la escasez numérica no desacredita la riqueza de los testimonios. Una de esas mujeres reconoce haber puesto una bomba. No se comprende bien la situación en que lo hizo, pero al parecer fue ante el hecho de que la misma debía ser colocada por alguien que estaba preso, y que probablemente se tratara de su esposo —un exlegislador peronista—, por lo que ella debió tomar su lugar:

Yo sabía que él tenía que poner una bomba en un lugar, a tal hora, tal día y yo fui y la puse. Él estaba preso y yo la puse. Así ha sido la Resistencia. En realidad cuando el pueblo se pone en función de defender a su líder... pobre Perón (Relato de Elena “Gogo” Garbino de Montes, en Fernández Mouján, 2009).

La manera en que lo expresa da cuenta de que la entrevistada tiene conciencia de que una acción de ese tipo no era algo común entre las mujeres; sin embargo, ella decidió asumir la responsabilidad. La acción parece representar un momento único y excepcional en su vida, a la vez que también emergen, como en otros testimonios, las palabras que matizan el carácter violento de la Resistencia:

Fue la época aquella en que yo descubrí la Resistencia. Era mucho más rica de lo que se puede imaginar. No era sólo poner bombas en lugares descampados, no sólo era escribir paredes. Era también la solidaridad de la gente, entre nosotros (Relato de Elena “Gogo” Garbino de Montes, en Fernández Mouján, 2009).

El valor de la solidaridad que habría primado entre los militantes otorga un marco que pone límites a la posibilidad de pensar en el uso de una violencia indiscriminada, y la especificación del lugar donde se colocaban las bombas —“lugares descampados”— da cuenta de la inocencia de esas acciones y de que eran actos que se realizaban más para llamar la atención que para generar algún daño.

En el film también resulta por demás interesante el testimonio de Mabel Di Leo, que se pronuncia sobre la cuestión de la violencia y la problematiza. Cabe aclarar que se trata de una militante que si bien ingresó a la Resistencia en los años cincuenta, tuvo una participación muy activa en los setenta entre los sectores radicalizados del peronismo:

Sí, ustedes disculpen compañeras, poníamos bombas. Éramos subversivos. Para los de ahora seríamos terroristas, no sé. Yo me asumo [aplausos] [...] basta de que todos somos nenitos de colegio, buenitos, que nosotros “¡Ah sí, los otros lo hicieron! Nosotros no hicimos nada” [...] El peronismo, disculpen, no empezó en los años setenta. El peronismo empezó en el '55 (Relato de Mabel Di Leo, en Fernández Mouján, 2009).²¹

En este relato, la violencia es asumida como un factor inherente a la militancia. La violencia no resulta problemática en el nivel de la experiencia

²¹ Mabel Di Leo ingresó a la Resistencia peronista en los años cincuenta como integrante de la Juventud Peronista de Vicente López vinculada a los hermanos Lizaso. A partir de 1959 fue dele-

personal, pero es desnaturalizada al reconocer que para algunos sí lo fue. Este relato actúa como una memoria “no autorizada” que viene a irrumpir en los otros relatos que tienden a negar la violencia o a matizarla. Si bien esos otros no son oficiales, porque no están amparados institucionalmente, actúan como “memorias monumento” que tienden a sacralizar el pasado y cerrarlo a la crítica.

El “caso Moya” constituye un claro ejemplo de estas diferencias de percepciones sobre el uso de la violencia, donde el género emerge como articulador de las mismas. Este hecho remite a una bomba que explotó en la puerta de un bar en el barrio porteño de Congreso, en agosto de 1959. Al parecer, la bomba había estallado por accidente y había generado varios heridos. La llevaba en un portafolios Benito Atilio Moya, un dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica que había sido diputado provincial peronista en Salta, y que estaba acompañado por Lucía Aráoz de Lamadrid, una maestra de 23 años que también era secretaria del sindicato metalúrgico y militaba en la Juventud Peronista, a la vez que encabezaba una unidad básica femenina en Munro, partido de Vicente López. Hay diferentes versiones sobre el hecho, sobre todo en relación con la responsabilidad de Lucía:

Atilio Moya, que había sido dirigente (creo que de los azucareros), y una chica, que estuvo exiliada después que nosotros en Montevideo. Era maestra, Lucía Arauz [sic] de Lamadrid. Uno la veía y era una dulce maestra de primaria. ¡Y con ese apellido! No sospechaban nunca que actuaba en la Resistencia. Entre Moya y ella la pusieron. Ella le hizo de apoyo en una confitería, en Once. Voló todo el edificio (Relato extraído de Salas, 2006).

Este relato tiende a naturalizar la participación de Lucía en este hecho y remarca la contradicción entre la apariencia que ella tenía y la que se supone debería tener una mujer dedicada a ese tipo de actividades. Lucía Aráoz de Lamadrid sufrió dos años de cárcel, mientras que Moya fue ayudado a escapar por el sindicato metalúrgico y se refugió en Bolivia. En un relato, Fernando

gada de una unidad básica femenina en San Fernando y en 1966 fue designada por Perón delegada nacional de la Rama Femenina. Junto a su pareja, el mayor Bernardo Alberte, delegado de Perón entre principios de 1967 y de 1968, estuvo vinculada a la CGT de los Argentinos y a la Tendencia Revolucionaria del peronismo.

Torres, el abogado del sindicato, comenta que él y Augusto Vandor fueron a despedirlo y sorpresivamente lo encontraron en una fiesta con más de cincuenta personas, y que años después, al regresar a la Argentina, Moya todavía disfrutaba contando los relatos de “caños, dinamitas y estruendo” (en Garulli *et al.*, 2000); lo que hemos referido en páginas anteriores como un “anecdotario del caño”. Del relato de Mabel Di Leo, quien iba a visitar a Lucía a la cárcel y que se hizo cargo de la unidad básica que ella había dejado vacante, ya que nadie quería hacerlo, se desprende un panorama muy diferente sobre la suerte corrida por esta militante. Lucía habría quedado muy conmovida por los hechos y el repudio público que sufrió, además de que no habría tenido conocimiento del material que Moya llevaba en el maletín, y no volvió a militar al salir de la cárcel (Entrevista a Mabel Di Leo, 31 de agosto de 2014, Vicente López). Para Lucía, que fue quien realmente sufrió las consecuencias del hecho, la experiencia resultó altamente perturbadora. Para ella no hubo posibilidades de exorcizar los recuerdos a través del humor.

Si bien la violencia se presenta como un tópico problemático en los relatos sobre la Resistencia peronista, este aspecto es más acentuado en los relatos femeninos que en los masculinos. Tanto varones como mujeres tienden a minimizar la violencia de la primera Resistencia peronista para diferenciarla de su uso en la década de 1970, e incluso negarla. Sin embargo, entre algunos militantes varones pudo crearse un relato sobre el uso del “caño” vinculado a relaciones de camaradería que, a través de anécdotas que apelan al humor producto de la inexperiencia mostrada en ese tipo de acciones o de un acentuado sentimentalismo, permite que esas experiencias puedan ser reconstruidas. Para las mujeres, en cambio, estas parecen haber sido perturbadoras en mayor medida, al punto de que no se ha creado entre ellas un anecdotario en relación con las mismas. Es probable que la mayoría de las mujeres que participaron en la Resistencia peronista en el período estudiado (1955-1965) no hayan realizado acciones violentas directas, aunque muchas acompañaron o ayudaron a quienes las ejecutaron; no obstante, no las conciben como tales, no reconocen la presencia real o potencial de la violencia en esas acciones. Por eso, la mayor parte de la información sobre las mismas emerge de expedientes policiales o judiciales; es decir, textos que no fueron producidos para ser leídos públicamente. Cuando esos testimonios reaparecen en entrevistas, son matizados con chistes o muestras de irresponsabilidad o ingenuidad,

como en el caso de los militantes varones, pero esos testimonios son excepcionales entre las mujeres.

Frente a esta situación nos preguntamos cómo actúa el género en la construcción de los relatos sobre la Resistencia peronista. ¿Por qué las mujeres no pudieron construir un anecdotario sobre el uso del “caño” como el que elaboraron algunos militantes varones? ¿Qué discursos sociales actúan en la articulación de los relatos personales sobre la temática de la violencia? ¿Qué estereotipos y modelos de comportamiento promueven esos discursos y cuáles son las implicancias de género que los atraviesan? ¿Las características que adquirió la participación femenina en actividades que implicaron el uso de la violencia inciden en los relatos construidos desde el presente? En el apartado siguiente procuraremos dar cuenta de cómo fue la participación femenina en acciones que implicaban el uso de la violencia, de los discursos sociales que actuaron en la configuración de esa participación y de los relatos personales que sobre ella se han construido.

Implicancias de género en los discursos hegemónicos sobre la violencia y en la construcción de identidades

Durante el período 1955-1965 las prácticas de la Resistencia peronista que implicaron el recurso a la violencia fueron fundamentalmente dos: el golpe de Estado, con participación de civiles y militares, y la realización de sabotajes y atentados urbanos canalizados a través de células clandestinas.²² La participación femenina en los intentos de golpes de Estado por lo general consistió en el desarrollo de tareas de apoyo; actividades periféricas que en algunos casos conllevaron la vinculación con armas y explosivos, y en otros, la asistencia y protección de los activistas varones. Pero las investigaciones sobre esta temática son incipientes (Gorza, 2017). Aún no se han hallado evidencias que demuestren intervenciones femeninas en la actividad central de estas operaciones, que era la toma de cuarteles. También cabe aclarar que únicamente dos intentos de golpe de Estado llegaron a ponerse en marcha —el de Valle, en junio de 1956, y el de Iñíguez, en noviembre de 1960—; por lo tanto, lo que puede decirse es solo en función de esos dos hechos, descartan-

²² También hubo un intento de guerrilla rural, el de los Uturuncos, que tuvo lugar en 1959, pero hasta el momento no ha sido analizado desde una perspectiva de género.

do la multiplicidad de conspiraciones que no llegaron a concretarse y en las que también pudo haber mujeres involucradas.

En un trabajo sobre la resistencia al fascismo y al nazismo en Italia, Anna Bravo (2003) elaboró una tipología de las actividades que suelen desplegar las mujeres cuando se embarcan en movimientos de resistencia. Señaló el uso de disfraces, camuflajes y estereotipos consolidados; la apelación al derecho al pudor; prestar sus casas como lugares de reunión; ayudar a los combatientes prófugos; usar sus espacios cotidianos de socialización para agitar políticamente y aplicar códigos que normalmente pertenecen a la esfera personal —como la seducción, el recurso a los sentimientos, la fragilidad y el descaro calculado. Si bien se trata de contextos históricos diferentes, la Resistencia peronista incluyó muchas de esas estrategias de participación, sobre todo en lo que se refiere a las prácticas clandestinas. Por ejemplo, una de las entrevistadas relata cómo burlaba la requisita policial al pasar mensajes a los presos políticos doblando los papeles que los contenían y ocultándolos en el rodete que usaba como peinado, porque suponía, acertadamente, que los oficiales de policía no le revisarían la cabeza (Entrevista a Eugenia, 2014, Rosario). En *Los Resistentes*, Mabel Di Leo rememora su participación en el levantamiento de Valle. En la noche del 9 de junio de 1956 se encontraba en Aeroparque con un militar, esperando por si había algún movimiento. Ella llevaba el arma (y no el militar), porque en caso de caer en manos de una requisita policial, había menos probabilidades de que fuera revisada, debido a su género y a su edad, ya que solo tenía quince años (Mabel Di Leo, en Fernández Mouján, 2009). También hubo una estrecha relación entre lo cotidiano y lo político; por ejemplo, en las acciones de cooperación de las mujeres con los presos y sus familias. Los testimonios del grupo de mujeres ya mencionado, que estuvieron vinculadas al levantamiento de Iníiguez, dan cuenta de cómo se organizaron conjuntamente en los días subsiguientes para llevar la comida a los detenidos políticos que habían participado de la toma del regimiento (comida que compartieron con ellos en las fiestas navideñas), y la ayuda que prestaron a los familiares de los detenidos en Salta, que habían sido trasladados a Rosario para ser juzgados por los tribunales de guerra, alojándolos en sus domicilios. Las mujeres también utilizaron sus casas para resguardar a los activistas que estaban involucrados en las acciones golpistas. Estos casos son cuantiosos, y hemos encontrado infor-

mación de ese tipo tanto en testimonios orales como en fuentes judiciales.²³ Un ejemplo lo ilustra claramente:

Anabella: ¿Y a usted, además de prestar su casa, le toco hacer algún otro tipo de actividad en la toma del regimiento?

Julia: No, en lo de Iñíguez precisamente no. Tenerlo en mi casa para protegerlo. Después, él salió a la noche siguiente, salió con mi nena. “¡Ay! ¡Que linda, qué linda!”

Emilia: ¿No dijiste que salió con el perro, que salió a pasear un perro?

Julia: Sí, sí [ríe], pero después a la otra noche, él salió con mi nena, que tendría 4 o 5 años. “¡Ay, qué linda la nena, qué linda la nena!” Y salíamos por la calle [ríe] y había salido la foto [de Iñíguez] por todos los diarios y nosotros con la nena como acompañando a una familia que iba..., hasta que pasó un auto...

Eugenia: Sí, se salía así, se salía como si fuese una familia.

Julia: Una familia. Y en eso, en una calle, pasó un auto y lo recogió a él, se subió y ahí respiramos, porque yo con mi nena en brazos... “¡Qué linda la nena!”, decía [ríe] (Entrevista a Julia, Eugenia, Emilia y Pedro, 2012, Rosario).²⁴

Este es un claro ejemplo de cómo las mujeres aprovecharon los estereotipos asociados a su género para sortear la censura, y del riesgo y compromiso que implicó este tipo de acciones, a pesar de estar vinculadas con las actividades que se desarrollaban en la vida cotidiana. En sus estudios sobre la resistencia francesa al nazismo, Hélène Eck (2000) sostiene que ello fue posible porque tanto los resistentes como los enemigos compartían las mismas representaciones sobre los comportamientos femeninos. Sin embargo, actuar conforme a esos estereotipos da cuenta de que las mujeres que se comprometieron a actuar de esa manera eran conscientes de que ellas no encajaban en los mismos y que el compromiso que les exigía su partici-

²³ Lugo, Nerio y otros. Rebelión e infracción Decreto 4161/56. Exp. 195. Leg. 180. 1956. Archivo Federal. Dirección General de Archivos del Poder Judicial de la Nación.

²⁴ En otra entrevista, Eugenia también hace referencia a un hecho similar en oportunidad de producirse el arribo del dirigente sindical Andrés Framini a Rosario. A fin de que llegara al local donde daría el discurso, lo escoltaron con la presencia de un niño, para simular que se trataba del paseo de una familia (2014, Rosario).

pación política implicaba una cierta transgresión a los modelos de género socialmente establecidos.²⁵

Ahora bien, no hemos encontrado evidencias de mujeres participando de la acción central que incluía la toma de algún regimiento. Esta actividad concreta estaba reservada a los varones, y sobre todo, aunque no exclusivamente, a los militares, que eran reacios a entregar armas a los civiles (Raimundo, 1998). Las células clandestinas que se dedicaron a la realización de atentados también estuvieron atravesadas por una división sexual del trabajo, aunque menos nítida. Al igual que en la práctica del golpe de Estado, las mujeres prestaban sus domicilios para hacer reuniones en las cuales se generaban contactos y se escondían prófugos, armas y explosivos; actuaban como correo y nexos entre militantes, transportando cartas, material de propaganda política y materiales para la realización de los atentados; trasladaban a los activistas que colocaban las bombas; dibujaban planos; reclutaban personas para participar en las operaciones y en algunos casos actuaron directamente en el campo de operaciones.²⁶ Si bien no accedieron a lugares de decisión, ocuparon liderazgos intermedios y tuvieron una vinculación más cercana a los explosivos, las armas y el teatro de operaciones. Sin embargo, los liderazgos respondieron a casos excepcionales, a la vez que en cada célula estuvieron en relación de minoría frente a los militantes varones. Las mujeres no se incorporaron masivamente a este tipo de acciones, de manera que esas experiencias no constituyeron el fundamento para el desarrollo de relaciones de camaradería basadas en el género que permitieran, a su vez, la emergencia de una memoria colectiva sobre dicha participación. Las evidencias que tenemos de esa participación nos llegan a través de las fuentes de la represión y no de testimonios orales.

Consideramos que en esta división sexual del trabajo que atravesó a las prácticas de resistencia que implicaron el uso de la violencia operaron dis-

²⁵ En mi tesis doctoral he desarrollado esta problemática en extenso (Gorza, 2017), pero aquí me limito a referirla brevemente porque excede mi objetivo.

²⁶ Una descripción de estas actividades que implicaban la participación femenina ha sido desarrollada en mi tesis de doctorado (Gorza, 2017), en la cual he apelado a la información de testimonios orales y también de fuentes escritas producidas por los aparatos de la represión, como sentencias generadas por los tribunales creados a partir de la implementación de Plan Conintes e informes de inteligencia pertenecientes al archivo de la DIPBA (Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires).

cursos sociales que excluyen a las mujeres del empleo de la misma. Dichos discursos, que tenían una amplia circulación a mediados del siglo XX, no solo establecen una relación de disyunción entre mujeres y empleo de la violencia, sino que al mismo tiempo, utilizan el valor simbólico de esta última como elemento alrededor del cual se construye la masculinidad (Branz, 2017). La obligación de portar armas y dar la vida por la patria fue un elemento constitutivo de la identidad masculina que se intentó normativizar desde los discursos decimonónicos ligados a la consolidación del Estado nacional. Fue a través de ese deber —lo que se conoce como el tributo de sangre— que se forjó la ciudadanía masculina. La muestra está en la unificación, a partir de la Ley Sáenz Peña (1912), del padrón electoral con el padrón militar (Valobra, 2010). La evidencia de que la vigencia de estos discursos era importante durante la época en que tuvo lugar la Resistencia peronista es que unos años antes, cuando se sancionó la ley de derechos políticos femeninos (1947), se decidió que las mujeres quedaran exceptuadas de dicho deber como contraparte para acceder a esos derechos. Incluso la sanción de la ley estuvo precedida por debates que hacían hincapié en el carácter pacífico y maternal de las mujeres (Valobra, 2010). Si bien lo que se aceptaba desde el Estado era un uso legítimo y autorizado de la violencia, encuadrado en determinadas instituciones, consideramos que su uso por parte de la población civil también estuvo atravesado por los mismos discursos de exclusión/femenina-conjunción/masculina. Algunos autores han señalado una dimensión generacional en la transmisión de conocimientos sobre este tipo de prácticas; una transmisión que se realizó desde viejos militantes anarquistas, comunistas, trotskistas, y excombatientes republicanos de la Guerra Civil Española, además de dirigentes peronistas y miembros de la Alianza Libertadora Nacionalista, hacia los militantes jóvenes que integraban los comandos de la Resistencia (Schneider, 2005), y a la vez, a partir de la influencia de militares de tendencia nacionalista cuyas simpatías y vinculación con el peronismo venían de larga data (Melon Pirro, 1993). En las fuentes consultadas es común encontrar, además, a expolicías y militares retirados que realizan este tipo de prácticas, y es probable que muchos de los activistas varones se hayan servido de los conocimientos adquiridos en el servicio militar. En este sentido, las mujeres estaban excluidas *a priori* de las intervenciones que implicaban un uso de la violencia, por su inexperiencia y falta de conocimiento, ya que era menos común encontrar entre ellas expe-

riencias socializadoras en el uso de armas —como la que implicaba el servicio militar—; hecho que venía a reforzar la exclusión sostenida por los discursos hegemónicos. Esta cuestión no ha pasado desapercibida para una militante de la Resistencia peronista, Olga Martín de Hammar, que años más tarde adheriría al feminismo. En el contexto del Operativo Retorno en 1964, su pareja, Jorge Hammar, con un grupo de militantes sindicales tenían planeado volar un gasoducto en La Matanza. Como el retorno no se concretó, Hammar se negaba a realizar la operación, pero terminó cediendo ante las presiones de los compañeros:

el problema era que para los muchachos poner ese ‘caño’ era un problema de honor. Y había cuestiones de poder. Los muchachos de La Cava (San Isidro), querían demostrar que su jurisdicción era capaz de poner la misma cantidad de “caños” que los de La Florida, por dar un ejemplo. Ese era el asunto. Era un momento en que se jugaban factores de valentía personal y además jugaba el sentido de la palabra empeñada: esos eran valores asociados al concepto de virilidad y hombría, que tenían que ver con principios tradicionales del pueblo argentino (Hammar, 2009, p. 76).

En este testimonio se evidencia cómo la violencia actúa como un elemento alrededor del cual se construye la identidad masculina y forja las relaciones de socialización entre varones. Entonces, si bien el uso de la violencia presenta un inevitable carácter problemático tanto para varones como para mujeres, por el riesgo que conlleva y por las implicaciones morales que lo atraviesan, dicha connotación es más visible entre las mujeres por la relación de incompatibilidad entre los roles asociados a lo femenino y el empleo de la violencia; visión que ha prevalecido en los discursos sociales tradicionales. Esos discursos estaban internalizados por las mismas mujeres y su efectividad estaba garantizada por la acentuada socialización masculina que atraviesa a las dos estructuras mediante las cuales solía organizarse el reclutamiento de activistas en este tipo de prácticas, el ejército y los sindicatos. Si bien en la práctica del golpe de Estado había una división del trabajo entre militares y civiles por la cual los primeros tendían a excluir a los segundos en el uso de armas, dicha exclusión se daba por su condición de no militares, mientras que las mujeres estaban excluidas *a priori* por su género. En la práctica del atentado hubo me-

nos divisiones, tanto entre varones y mujeres como entre los propios varones, pero aun así las mujeres fueron minoritarias en términos numéricos respecto de los varones, y solo excepcionalmente ocuparon lugares de liderazgo o participaron en forma directa en las acciones centrales. Consideramos, entonces, que el hecho de que la temática de la violencia resulte más perturbadora entre mujeres que entre varones responde, por un lado, a las propias características que adoptaron las prácticas vinculadas a ella, donde los discursos que instauran la exclusión femenina respecto de su uso y que versan sobre un pacifismo que se supone inherente a las mujeres, hicieron que ellas quedaran rezagadas respecto de la participación masculina. Y por otro, por la vigencia de esos discursos en la actualidad que influyen en la construcción de los relatos sobre el pasado. Aunque los mismos están siendo erosionados a partir de prácticas concretas, como por ejemplo el acceso de las mujeres al servicio militar o a las Fuerzas Armadas, continúan teniendo mucha fuerza.

Palabras finales

A lo largo de estas páginas he intentado poner de manifiesto algunas problemáticas respecto de la Resistencia peronista en el período que se extiende entre 1955 y 1965. Los trabajos de Alessandro Portelli, sus reflexiones sobre las características de las narraciones orales y sobre la memoria como problema, me han permitido adentrarme en el análisis de fuentes orales y a partir de ello intentar acercar respuestas a algunos de los interrogantes que rodean al objeto de estudio. Varios tipos de silenciamiento atraviesan la construcción de una memoria sobre la primera Resistencia peronista. Por un lado, un silenciamiento propiamente dicho, señalado por algunos militantes, que consistió en eliminar de los relatos públicos un período de la historia del peronismo, aquel que se extiende entre 1955 y 1965, porque la presencia en él de actores que responderían a tendencias opuestas de la interna peronista en años posteriores tendería a crear una imagen contradictoria del proceso. Por otro lado, si bien esa etapa de la historia no es lo suficientemente recordada en comparación con otras, lo que más se ha desarrollado es un silenciamiento ejercido a través del recuerdo; esto es, mediante la creación de una “memoria monumento” sobre ese pasado, una forma de recordar que a su vez implica olvido, porque lo que se recuerda es un pasado fosilizado, libre de contradicciones, alejado de toda posibilidad de cuestionamientos. En términos concretos, ello

se materializó en la construcción de un relato público sobre la Resistencia peronista en el que el período 1955-1965 que fue considerado un antecedente del proceso de radicalización que sufrieron algunos sectores del peronismo durante la década de 1970; y se silenció la presencia de elementos sindicales, que resultaban perturbadores para los actores que construyeron ese relato. A este último tipo de silenciamiento, que ya ha sido abordado previamente por otros autores, se suma el análisis de la construcción de memoria que sobre la primera Resistencia peronista se ha desarrollado desde el presente. Se comprueba que así como la militancia peronista radicalizada de los años setenta del siglo XX le había recriminado el hecho de no haber sido más violenta, desde el presente se efectúan trabajos de memoria en los cuales los relatos tienden a negar la violencia. Además, hemos observado cómo la negación de la violencia aparece más marcada en los relatos femeninos: muchas mujeres tienden a negar su participación en dicho proceso, producto de una asimilación entre Resistencia y violencia. Aun entre las mujeres que sí se reconocen como partícipes de la Resistencia peronista y que incluso han llegado a forjar una identidad basada en ella, la violencia constituye un factor problemático. Consideramos que en ello no solo actúan los valores éticos respecto de la violencia o los discursos de la “no violencia” que se han impuesto en la actualidad —factores que también atraviesan a los relatos masculinos— sino también las propias características que adquirió la participación femenina en ese tipo de prácticas, atravesadas por un proceso de división sexual del trabajo fundamentado en los discursos de exclusión de las mujeres respecto del uso de la violencia, y que a su vez consagran a esta última como elemento alrededor del cual se construye la masculinidad; discursos que, aunque con menor fuerza, continúan ejerciendo una amplia influencia en el presente.

La Resistencia peronista en el período 1955-1965 implicó una variedad de prácticas y experiencias que no se reducen al desarrollo de actividades violentas. Sin embargo, esas prácticas, aunque limitadas en comparación con el nivel que alcanzarían en años posteriores, también existieron y merecen una problematización. El contexto en el que tuvieron lugar dista mucho del actual, y reconstruir ese contexto es indispensable para comprender las causas y los motivos que llevaron a su desarrollo, que de ninguna manera puede equipararse a las razones que movilizaron a las fuerzas represivas del Estado a ejercer la violencia contra la población civil, pero que a menudo suelen

ser evocadas por sectores reaccionarios para legitimar esta última violencia. Como sostiene Alessandro Portelli en relación con la Resistencia italiana:

Las memorias relegadas al “sótano” del olvido vuelven a emerger como fantasmas monstruosos. Sobre el plano de la memoria pública, el olvido de las *foibe* (y otros crímenes cometidos por los partisanos) permite que sean los herederos no arrepentidos del fascismo quienes las evoquen e impongan su conmemoración, como contraposición a las memorias de las masacres nazis y fascistas, construyendo versiones exageradas e instrumentales que utilizan para deslegitimar no sólo la memoria de la Resistencia, sino toda la construcción democrática que derivó de ella (Portelli, 2016, pp. 481-482).

De la posibilidad de emergencia de este tipo de operaciones surge, a su vez, la necesidad de recuperar el pasado en toda su complejidad, y la disciplina histórica —y en particular, la historia oral— cumplen aquí un papel fundamental.

Finalmente, cabe destacar que en el hecho de que tanto la historia como la memoria se construyan desde el presente y en relación con los valores que circulan en la sociedad en cada momento, radica la explicación de que aquí pueda preguntarme por las razones que han invisibilizado a las mujeres de los relatos sobre la Resistencia peronista, tanto orales como escritos, y entre estos últimos, en los que circulan en material de divulgación así como en la bibliografía académica. Desde estas páginas he intentado echar luz sobre esa invisibilización, que también constituye un tipo de silenciamiento. El contexto actual, en el que los estudios de género vienen cobrando fuerza en los espacios académicos y en el que los discursos feministas han ganado presencia pública, la participación femenina en la primera Resistencia peronista se vuelve un tema factible de ser investigado, y lo mismo ocurre respecto de los motivos de su silenciamiento. Aunque las causas de ese silenciamiento no se reducen a las razones expuestas en este capítulo, puesto que la Resistencia peronista no se limitó al desarrollo de actividades que implicaban el uso de la violencia, considero que la asimilación entre Resistencia y violencia ha actuado como un factor poderoso en la reticencia de muchas mujeres a reconocerse como parte de ese pasado. Desde aquí he procurado ofrecer algunas posibles explicaciones y, abo-

gar por que esas mujeres —anónimas en su mayoría— encuentren un lugar en las páginas de los libros de historia que no se limite a un mero dato anecdótico.

Referencias Bibliográficas

- Acha, O. (2012). *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires: Herramienta.
- Álvarez, Y. (2014). La Resistencia peronista en Mendoza (1955-1960). Una aproximación a su estudio a través del relato de sus protagonistas. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 2(49). Recuperado de www.scielo.org.ar/pdf/rhaa/v49n2/v49n2a08.pdf
- Amaral, S. (2004) [1993]. El avión negro: retórica y práctica de la violencia. En S. Amaral y M. B. Plotkin (Comps.), *Perón del exilio al poder*. Buenos Aires: EDUNTREF.
- Bacha, H. (2011). Desafíos historiográficos en la historia del pasado reciente: Entrevista con Federico Lorenz. *Quinto sol*, 15(2). Recuperado de www.scielo.org.ar/pdf/quisol/v15n2/v15n2a04.pdf
- Balbi, F. (2007). *De leales, desleales y traidores: valor moral y concepción de la política en el peronismo*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Barrancos, D. (2017). Mujeres en vilo: Género y Guerra fría en América Latina. En E. Rodríguez Sáenz (Ed.), *Ciudadanas de la Guerra Fría en América Central (1945-1970): Perspectivas transnacionales*. Costa Rica: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia. (En prensa).
- Barry, C. (2009). *Evita Capitana*. Buenos Aires: EDUNTREF.
- Besoky, J. L. (2013). La derecha peronista en perspectiva. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Cuestiones del tiempo presente*. Recuperado de <http://journals.openedition.org/nuevomundo/65374#text>
- Bravo, A. (2003). Mujeres y Segunda Guerra Mundial: estrategias cotidianas, resistencia civil y problemas de interpretación. En M. Nash y S. Tavera (Eds.), *Las mujeres y las guerras. El papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Branz, J. (2017). Masculinidades y Ciencias Sociales: una relación (todavía) distante. *Descentrada, Revista interdisciplinaria de feminismos y género*, 1(1). Recuperado de www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/article/view/DESe006
- Calveiro, P. (2005). Antiguos y nuevos sentidos de la violencia política. *Lucha Armada en la Argentina*, 1(4).

- Castronuovo, S. (2016). El rol de la Revolución Libertadora en el encarcelamiento de la militancia femenina peronista (1955-1958). *Revista de historia del derecho*, 51. Recuperado de www.scielo.org.ar/pdf/rhd/n51/n51a03.pdf
- Cavarozzi, M. (1983). *Autoritarismo y Democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: CEAL.
- Cena, J. C. (1998). *El guardapalabras: memorias de un ferroviario*. Buenos Aires: La Rosa blindada.
- Centurión, A. J. (2007). Las mujeres en la resistencia peronista. Sentidos y representaciones. En M. C. Bravo, F. Gil Lozano y V. Pita (Comps.), *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*. San Miguel de Tucumán: EDUNT.
- D'Antonio, D. (2000). Representaciones de género en la huelga de la construcción. Buenos Aires, 1935-1936. En F. Gil Lozano, V. Pita, y M. Ini (Comps.), *Historia de las mujeres en la Argentina*. Buenos Aires: Taurus.
- Dos Santos, E. (1983). *Las mujeres peronistas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Eck, H. (2000). Mujeres del desastre. ¿Ciudadanas por el desastre? Las francesas bajo el régimen de Vichy (1940-1944). En G. Duby y M. Perrot. *Historia de las mujeres en occidente*, Volumen V: El siglo XX. Madrid: Grupo Santillana de Ediciones.
- Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Edicions Alfons el managen, Institució Valenciana D'estudis investigacio.
- Fernández Mouján, A. (Dir.) (2009). *Los Resistentes*. Relatos de la lucha clandestina entre 1955 y 1965. [Película]. Argentina: Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA), El Perro en la Luna (Productora).
- Garulli, L., Carvallo, L., Charlier, N. y Cafiero, M. (2000). *Nomeolvides. Memoria de la resistencia peronista (1955-1972)*. Buenos Aires: Biblos.
- Gordillo, M. (2007). Protesta, rebelión y movilización: de la Resistencia a la lucha armada, 1955-1973. En Daniel James, D. (Dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gorza, A. (2017). *Insurgentes, misioneras y políticas. Un estudio sobre mujeres y género en la Resistencia peronista (1955-1966)*. Tesis doctoral, UNLP. Recuperado de www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1404/te.1404.pdf
- Hammar, O. (2009). *Tozudamente. Un camino de militancia*. Buenos Aires: Intermedia.

- James, D. (2010) [1998]. *Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Labica, G. (2008). Para una teoría de la violencia. *Polis, Revista Latinoamericana* 19. Recuperado de <http://journals.openedition.org/polis/3866#text>
- Lvovich, D. y Bisquert, J. (2008). *La cambiante memoria de la dictadura: discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo: del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mackinnon, M. M. (2002). *Los años formativos del Partido Peronista (1946-1950)*. Buenos Aires: De la Campana.
- Melon Pirro, J. C. (1993). La resistencia peronista. Alcances y significados. *Anuario del IEHS*, 8. Recuperado de <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1993/011%20-%20La%20resistencia%20peronista,%20alcances%20y%20significados..pdf>
- Melon Pirro, J. C. (2009). *El peronismo después del peronismo: resistencia, sindicalismo y política luego del 55*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Nieto, A. (2009). La “Revolución Libertadora” en perspectiva local: los bombardeos en el puerto de Mar del Plata. En torno a los orígenes de la guerra civil en Argentina, 1955. *Trabajos y Comunicaciones*. 35. Segunda época. Recuperado de www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4680/pr.4680.pdf
- Oberti, A. (2015). *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Buenos Aires: Edhasa.
- O'Donnell, G. (1972). Modernización y golpes militares. Teoría, comparación y el caso argentino. *Desarrollo Económico*, 12(47).
- Palermo, S. (2009). Masculinidad, conflictos y solidaridades en el mundo del trabajo ferroviario en Argentina (1912-1917). *Revista Mundos do Trabalho*, 1(2).
- Portantiero, J. C. (1973). Clases dominantes y crisis política de la Argentina actual. Pasado y presente. En O. Brown, (Comp.), *El capitalismo argentino en crisis*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Portelli, A. (1996). Lutto, senso comune, mito e politica nella memoria della strage di Civitella Val di Chiana. En L. Paggi (Ed.), *Storia e memoria di un massacro ordinario*. Roma: Manifestolibri.
- Portelli, A. (1999). La battaglia di Poggio Bustone: violenza, memoria e

- immaginazione in un episodio della guerra partigiana. En N. Gallerano (Ed.), *La Resistenza fra storia e memoria*. Milano: Franco Angeli.
- Portelli, A. (2001 [1999]). L'assassinio di Luigi Trastulli. La memoria e l'evento, Provincia di Terni. En C. Bermani (Ed.), *Introduzione alla storia orale*. Roma: Odradek.
- Portelli, A. (2005). La bomba torinese: ricordare per dimenticare. *Presentato in occasione della commemorazione del 60 aniversario della Liberazione, promosso dall'Istituto Nazionale per la Storia del Movimento della Liberazione in Italia*. Roma.
- Portelli, A. (2013). Sobre los usos de la memoria: Memoria monumento, memoria involuntaria, memoria perturbadora. *Sociohistórica*, 32. Recuperado de www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6125/pr.6125.pdf
- Portelli, A. (2016). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Raimundo, M. (1998). La política armada del peronismo: 1955-1966. *Cuadernos del CISH*, 3(4). Recuperado de www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHv03n04a07/2023
- Salas, E. (2006 [1990]). *La resistencia peronista: La toma del frigorífico Lisandro de La Torre*. Buenos Aires: Retórica Ediciones/Altamira.
- Raimundo, M. (2006). *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*. Buenos Aires: Biblos.
- Schneider, A. (2005). *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Seveso, C. (2010). Political Emotions and the Origins of the Peronist Resistance. En M. Karush & O. Chamosa (Eds.), *New Cultural History of Peronism: Power and Identity in Mid- Twentieth-Century Argentina*. Durham, NC, USA: University Press.
- Scoufalos, C. (2007). *1955, memoria y resistencia*. Buenos Aires: Biblos.
- Smulovitz, C. (1991). En búsqueda de la fórmula perdida. *Desarrollo económico*, 31(121).
- Spinelli, E. (2005). *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la "revolución libertadora"*. Buenos Aires: Biblos.
- Valobra, A. M. (2010). *Del hogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina: Argentina, 1946-1955*. Rosario: Prohistoria.